



Galeano, Juan Carlos. *Amazónicas*. Lima: Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica, 2025.

Amazónicas, de Juan Carlos Galeano, es un singular libro que contiene ciento cincuenta aforismos, que también podrían ser sentencias breves, reflexiones o pensamientos que surgen a partir de la experiencia del ser humano con la naturaleza amazónica. Estas breves disquisiciones se encuentran acompañadas de cincuenta imágenes que no son sino elementos paratextuales: o bien complementan a los aforismos o bien los traducen en la visualidad. Sin embargo, habría que advertir que también se podría tratar de una práctica ecfrástica, ya que las imágenes pudieron haber sido el punto de partida para la creación verbal o quizá primero fueron creados los textos y luego se eligió un acompañamiento visual. Sea como fuere, *Amazónicas*, por momentos, nos interpela para que reacomodemos los lentes y las capas sensibles con que interactuamos con el mundo.

Ahora bien, entre las diversas cuestiones abordadas en los aforismos, me interesa realizar un recorrido por aquellas que resultan más urgentes y que, a su vez, nos podrían ofrecer ciertas rutas críticas a fin de recalibrar nuestras maneras de andar. En ese sentido, pongo de relieve los siguientes aspectos: (i) el hecho de habitar otros cuerpos, (ii) la conversión como posibilidad ontológica, (iii) la continuidad existencial y (iv) la suspensión de las dicotomías. Para abordar cada punto en función de los textos de *Amazónicas*, es necesario recuperar el primer aforismo: «Antes de que reinaran los hombres, el sol y las nubes eran la medida de todas las cosas» (p. 8), el cual, sin duda, alude a la famosa aseveración de Protágoras, a saber, «El hombre es la medida de todas las cosas». ¿Qué significa que el ser humano sea

la medida de todas las cosas? ¿Acaso aquel debe ser el centro del mundo? En absoluto, y así también se muestra en el libro.

En primer lugar, un elemento interesante es el hecho de tener la posibilidad de habitar otros cuerpos y asumir que, en paralelo, somos los recipientes de otras materialidades. Esta forma de concebir las cosas no es propia de Juan Carlos Galeano, sino de las colectividades que no están regidas por patrones de un consumismo masivo y depredador ni tampoco atenazadas por las lógicas del capitalismo salvaje. Por el contrario, las dinámicas de vida, en distintos puntos de la Amazonía, se encuentran articuladas por otras concepciones. Una de ellas, por ejemplo, es la capacidad de relacionarse con los demás seres que pueblan el planeta: plantas, entidades líquidas, animales, piedras, montañas, objetos, etc. Esto se condice con lo que el antropólogo brasileño, Eduardo Viveiros de Castro (2010) denomina «cosmopolítica». Algunos aforismos interesantes que nos ilustran este habitar otros cuerpos son los siguientes:

6. La mejor manera de conocer un río es sintiéndolo, como lo hacen las palizadas y los jacintos en las orillas (p. 10)

9. Ser humano es pura casualidad. Yo hubiera podido ser un peñasco, una garza ceniza o un árbol de lluvia (p. 12)

11. Para que sea verdad lo que escribo sobre los colibrís, lo digo con la mente de un barranco (p. 14)

112. Las personas son diferentes porque en sus cuerpos habitan tigres, arroyos, ventarrones, lianas y rocas. (p. 82)

Abrir el cuerpo y abrazar otros (palizadas, jacintos, peñasco, garza, árbol, colibrís, barranco, tigres o ventarrones) supone, más que nada, una responsabilidad sensorial. Es cierto que nosotros (en tanto seres humanos) no podemos transformar nuestros cuerpos en un peñasco o en una garza, pero sí tenemos la capacidad de habitar otros espacios y que estos también nos habiten. O como diría Vinciane Despret: «otras maneras de habitar, por lo tanto, de hacer mundo» (Despret, 2022, p. 66). En su escritura, el propio Galeano pareciera decirnos que no hay una cristalización de las identidades —si es que acaso estas existen—, sino, más bien, una ductilidad de los cuerpos. La inestabilidad y el

movimiento, habitar un barranco o dejarnos habitar por él, al fin y al cabo, son dinámicas que nos ayudan a comprender un poco mejor la heterogeneidad del mundo. Asimismo, cabe subrayar el conocimiento que se advierte en todo aquello que no es monopolio de lo humano.

En segundo lugar, resulta interesante la conversión como posibilidad ontológica. Al respecto, solo si nos alejamos de aquellos juicios que dicen que una transformación es un mero juego ficticio o una simple cuestión fantástica, podremos reparar en otras modalidades de entender la complejidad del mundo. Estas transformaciones, muchas veces, están permeadas por sustratos míticos y por pensamientos y experiencias colectivas que reorganizan la vida de las personas y de sus territorios. En el caso de *Amazónicas* se expresan esas motivaciones de forma explícita, aunque quizá hubiese sido importante seguir ahondando sobre al respecto; sin embargo, ello es comprensible habida cuenta de la naturaleza sintética de los textos. Algunos casos sobre este segundo eje son estos aforismos:

46. Algunas estrellas se bañan por las noches en el río. Al amanecer se convierten en peces. (p. 38)

48. Unos sapos se comen a las luciérnagas para convertirse en estrellas. (p. 38)

57. Cuando mueren las ceibas pentandras se convierten en ríos, y sus hojas en peces con cara de gentes que regresan a las selvas (p. 44)

Esta situación del «convertirse» nunca ocurre de manera aislada; por el contrario, lo que prima siempre son las relaciones, las interacciones o las fricciones entre distintas entidades del cosmos (en este caso, el amazónico). Así, los nexos inesperados estrellas-río o sapos-luciérnagas siempre *producen* algo o alguien, pero no se trata de una producción masiva ni serial, mucho menos automática, sino de una henchida de vitalidad. En ambos casos, respectivamente, se habla de una conversión en peces y en estrellas; no obstante, aquí debemos tener en cuenta que dicha conversión, desde una racionalidad mítica, es factible, al tiempo que también asistimos a una conversión que presupone contacto de distintos regímenes que exceden siempre lo humano. Todo ello, sin duda, no clausura ni cierra otras posibilidades.

En suma, la conversión es solo una puerta de entrada para que un cuerpo pueda seguir modificando (afectando) o modificándose (dejándose afectar).

Este hecho de la no-clausura tiene que ver con el tercer aspecto que vertebra al libro: la continuidad existencial. Si bien en *Amazónicas* no se menciona con dichos términos, en estas líneas solo procuro dar forma a algunas ideas que se desprenden del texto. ¿Qué implica, entonces, la continuidad? No se confunda continuidad con una suerte de mismidad o de mantener siempre una línea horizontal y sin baches. La vida —y el libro así nos lo sugiere— no fluye de esa manera. Por eso, la continuidad hay que comprenderla sin perder de vista los dos puntos anteriores que el libro nos muestra. Si es que resulta coherente habitar otros cuerpos (y también que estos nos habiten) y que la conversión se erija como posibilidad ontológica, entonces la continuidad radica en hacerse cuerpos con otras materialidades del mundo. Sobre esto, quizá hay ciertos aforismos que nos pueden aclarar lo expuesto:

83. Como si supieran que la tierra vive en ellos, ni los peces ni las hormigas se preocupan por ser diferentes. (p. 62)

87. Pocos saben que las carcajadas de los amazónicos están hechas de relámpagos y truenos de las nubes. (p. 64)

91. Logran tranquilidad quienes son capaces de sentir la vida como las algas que viven en los raudales. (p. 68)

Por ejemplo, de estos textos citados, es posible recuperar algunas ideas que dan luces sobre la continuidad existencial: hay una tierra que permanece en las corporalidades de los peces y las hormigas; las carcajadas de quienes viven en la Amazonía —gracias a una impronta metonímica antes que metafórica— están irrigadas (o, mejor dicho, se dejan afectar) por los relámpagos y los truenos; y, por último, las algas y los raudales ponen en evidencia procesos de cohabitación. Ahora bien, si la vida, entre otras cosas, es una cuestión energética vibratoria que se instaura en una determinada materialidad (animal, cuerpo líquido, ser humano u otra), la continuidad existencial nos invita a pensar que lo que existe es una redistribución de aquello que

occidentalmente llamamos «alma». Sumado a ello, no hay que perder de vista un hecho troncal: sentir. En *Amazónicas* se desliza de forma constante dicha idea. A fin de cuentas, somos cuerpos en el mundo.

El cuarto y último aspecto es la suspensión de las dicotomías que rigen el entendimiento del cosmos. Me refiero a parejas conceptuales como naturaleza/cultura, animalidad/humanidad, cuerpo/alma, instinto/razón, sentimiento/pensamiento, sujeto/objeto, entre otras. Solo debemos tener cuidado con asumir que dicha suspensión implica una homogenización. En absoluto. Este pensamiento dualístico —heredado en buena parte de Occidente— nos ha conducido a desandar el mundo, esto es, a descarrilarnos e ingresar a una ruta que no es ni progreso ni avance, sino muerte y devastación. ¿Por qué insistir, entonces, en la escisión de lo que la vida nos ha enseñado que habita en *conjunto* y no siempre en armonía? A continuación, hay ciertos aforismos del libro que insisten sobre este cuarto aspecto:

76. Nadie puede decir si un árbol piensa con el alma o con el cuerpo (p. 58)

138. Árboles, nubes, pájaros, nacieron para sentir, no para pensar. Los que piensan les hacen daño (p. 98)

El alma es una idea abstracta que Occidente ha fabricado a partir de innumerables disquisiciones; por ello, los distintos pensamientos amazónicos —y también andinos— apelan más al cuerpo, a lo sensorial, a lo terrestre y a todo el espacio. Mientras Occidente se preocupó de cartografiar los territorios durante sus invasiones y violaciones, las comunidades amazónicas, por su lado, se ocuparon de cartografiar los cuerpos como mecanismos de resistencia. Cuando Galeano sostiene que los árboles, las nubes o los pájaros no nacieron para pensar, es cierto que hay cierta disputa entre pensar/sentir. Sin embargo, el hecho de suspender (o de desactivar) las dicotomías no es instalarnos en uno de los pares, sino señalar que no existe el cuerpo sin el «alma», que es necesario pensar y sentir para construir conocimiento, que tanto una anaconda como nosotros estamos habitados por la animalidad, que compartimos elementos atomizados desde el inicio del universo con una piedra o una montaña, y así sucesivamente. En este punto,

todo resquicio romántico o ideas sobre el grado cero de la cultura no tienen cabida. Todo ha sido siempre contacto y mezcla (que no homogeneidad ni armonía).

En conclusión, el libro *Amazónicas*, de Juan Carlos Galeano, bebe de la experiencia que le brindan no solo quienes viven en los diversos territorios amazónicos, sino también el propio espacio y todos los cuerpos que lo componen. Por ello, desterremos la idea de que el espacio es solo un telón de fondo o un agente pasivo; incluso en ciertos textos literarios. Dicho esto, el mérito del autor radica en no dejar de lado las diversas entidades (humanas y no humanas) que le permiten cuestionar y reflexionar acerca de la posición del hombre en el mundo. Es cierto que, al ser un texto breve, hay muchos aspectos que quedan al aire y que hubiera sido interesante seguir explorando a fin de que el libro se encarne más con el mundo que late en sus páginas. Así y todo, como dijimos, la lectura de *Amazónicas* nos ayuda a recalibrar y a reenfocar tanto la forma en que pensamos como el modo en que nos aproximamos al mundo.

Sergio Luján Sandoval

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

sergio.lujan@unmsm.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0002-4612-4899>

Referencias bibliográficas

Despret, V. (2022). *Habitar como un pájaro: modos de hacer y de pensar los territorios*. Cactus.

Galeano, J. C. (2025). *Amazónicas*. Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica.

Viveiros de Castro, E. (2010). *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural*. Katz.